

Sentido común y sueño de los sentidos

Manuel Gutiérrez Estévez

“La razón de la sinrazón que a mi razón se hace,
de tal manera mi razón enflaquece,
que con razón me quejo de la vuestra fermosura”
Feliciano de Silva (citado en el cap. I del Quijote)

0. La educación de mis sentidos.-

La relación intercultural está acompañada de continuos desafíos al sentido común, a la forma común de sentir. Los sentidos de quienes pertenecen a otras culturas, parecen proveerles de un tipo de percepciones que para nosotros son desconocidas, incomprensibles o insensatas. Como si los límites de sus sentidos no estuvieran sujetos a las mismas constricciones biológicas que los nuestros y sus posibilidades perceptivas fueran diferentes

El cuerpo es el objeto primero de nuestras percepciones y las convenciones sobre su uso y significación constituyen el núcleo del sentido común. El sueño de los sentidos al que nos aboca la relación intercultural, no sólo nos hace perder el sentido común, sino, además, la percepción razonable de nuestro cuerpo. Formas de locura. Y nuestras tácitas conversaciones interiores reproducen los diálogos de Don Quijote y su escudero; conversaciones que versan sobre la realidad percibida por los sentidos.

Estas páginas constituyen un primer intento de organizar mis ideas sobre la cuestión y no contienen, que yo sepa, ningún argumento fuerte ni, mucho menos, unas conclusiones firmes. Lo que en los párrafos finales de este texto pudiera tener la apariencia de tales, son solamente simples formulaciones de asuntos que me gustaría pensar en el futuro. Me parece que el tema central de lo que voy a tratar se refiere a cómo el sentido común, puesto en jaque con las relaciones interculturales, se acompaña de un “sueño de los sentidos”. Y de este modo, el cuerpo, nuestro propio cuerpo, es transformado en un instrumento de percepción precario, dubitativo y perplejo. En toda la exposición que sigue hay un diálogo explícito con Alfred Schutz¹, que consiste en un intento de extender y matizar sus tesis sobre las “realidades múltiples” a determinadas situaciones de comunicación intercultural procedentes de mis propios trabajos de campo. Por eso pondré por escrito consideraciones que, por su ingenuidad, suelen permanecer en mi cabeza.

Los sentidos de cada quien se configuran con entrenamiento público acerca de lo relevante o lo insignificante, lo placentero o lo desagradable para el sistema de valores estéticos y morales del grupo social propio. Aunque los órganos sensoriales sean morfológicamente universales, la experiencia de los sentidos, lo que puede ser escuchado, o tocado, o gustado, es atributo específico de cada época y de cada cultura. Los sentidos adquieren sus hábitos en la múltiple variedad de las situaciones cotidianas, pero ponen a prueba su elasticidad, -se adiestran en la percepción de lo posible-, por medio de las artes, las fantasías, los sueños o las ilusiones colectivas; y ante la presencia,

¹ “Don Quijote y el problema de la realidad” en Estudios sobre teoría social, pgs. 133-152, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1974 (a).

real o imaginaria, de la catástrofe, ante aquello que parece desbordar el lenguaje y que, dejando a uno sin palabras, mudo de asombro o de miedo, no le permite sino sentir. En la madrugada del jueves 13 de mayo de 1784, tembló fuertemente la tierra en el sur del Perú. Un vecino de Arequipa, en carta dirigida a un familiar, le contaba: "...fue tan grande el estrepitoso estruendo y ruido de este día, que los sentidos corporales cada uno por sí, padeció grande martirio: el oído con el extraño estruendo, los ojos con ver suceso tan lamentable, el olfato con la fetidez expedita por la tierra, el gusto con sabor a polvo. Ha sido uno de los más violentos que se han conocido en este reino".

Pero no hay mayor catástrofe para un cristiano que el ser arrojado a los infiernos; donde todos los sentidos que, durante la vida terrena han complacido o disgustado al hombre, le hacen padecer, ahora, con la máxima intensidad posible: "porque (los condenados) como emplearon en el pecado todos sus miembros y sentidos, sufrirán en todos ellos las penas correspondientes al pecado. Los ojos, por sus silenciosas e ilícitas miradas, sufrirán la horrible visión de los demonios y del infierno; los oídos, por haberse deleitado con discursos malos, jamás oirán otra cosa más que llantos, lamentos y desesperaciones; y así con los restantes." (Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*).

Para el buen católico no es suficiente escuchar la descripción del infierno que haga el predicador o leer la visión del cielo que haya tenido el místico; las imágenes, para ser efectivas, han de ser generadas por la imaginación propia. Aunque cada imagen y su sensación, irremediamente, tendrán que ser evocadas sin ayuda de la memoria y su poder provendrá de los temores y deseos más íntimos, los que algunas veces se vislumbran en los sueños, cuando los sentidos están sin sujeción y dispuestos al irresistible atractivo de la catástrofe. En el sueño o en la meditación, el infierno se construye con materiales de la tradición, pero se articula en un lenguaje privado. Por eso, como señala Barthes, Ignacio de Loyola se limita a sugerir imágenes triviales y esqueléticas; para que el ejercitante espiritual realice un esfuerzo imaginativo que cree su propio lenguaje sensorial, en el que ha de emplear todos los sentidos fisiológicos después de haberse hecho la "composición de lugar", esto es de haber establecido para su uso una topografía imaginaria. Ningún tema resulta tan estimulante como el del infierno porque a su respecto se insiste en que su realidad será siempre mucho más impresionante que cualquier representación imaginaria; no hay límites por tanto para los sentidos infernales. Por muy lejos que creamos haber llegado en la ensoñación del horror, siempre, se nos dirá que nos hemos quedado demasiado cortos, con los sentidos demasiado próximos a las experiencias terrenales. Leamos de los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola:

"Composición de lugar. Ver con la imaginación lo ancho, largo y profundo del infierno, como una concavidad muy espaciosa en el centro de la tierra.

Punto primero. Será ver con la vista de la imaginación aquel fuego espantoso y las almas encerradas como en cuerpos también de fuego. Es aquel lugar como una cárcel oscurísima o caverna de fuego y humo intolerable. Mira los desdichados revolcándose en las llamas abrasadoras, los cabellos erizados, los ojos desencajados, el aspecto horrible, mordiéndose las manos, y con sudores y afanes de muerte, y mil veces peor que la misma muerte.

Punto segundo. Será oír los llantos, aullidos, maldiciones y blasfemias de los condenados contra el Señor y sus santos.

Punto tercero. Aplicar el sentido del olfato a percibir el humo, azufre y hedor de la sentina del infierno.

Punto cuarto. Gustar imaginariamente las amarguras, lágrimas y hieles de los condenados.

Punto quinto. Tocar con el tacto de la imaginación el fuego que martiriza las almas de los condenados.”

De esta manera el ejercicio de meditar sobre el infierno constituye una educación de los sentidos que nos incita a conducirlos virtualmente hasta su límite catastrófico, hasta la máxima fealdad. Que en ocasiones comparte motivos imaginarios con la máxima belleza; como en la *Commedia* del Dante donde las almas envueltas en fuego que encontramos en el Paraíso no se diferencian tanto como cabría esperar de las que están ardiendo en el Infierno. Homología sobre la que Angel Crespo, su traductor al español, comenta que, aunque el ardor de unas sea de felicidad y el de las otras de sufrimiento, “¿cómo dudar que todas las llamas proceden de la misma hoguera?”

Que los Ejercicios Espirituales puedan ser considerados como un instrumento fundamental en la conformación de esquemas imaginarios para ejercitar los sentidos no es extraño. En tanto los sentidos sean considerados como instrumentos para la construcción de mundos significativos, tendrán que ser objeto de atención disciplinaria, de modelado y de control, porque sólo así puede intentarse que los enemigos del alma se apoderen de ella por su concurso.² De este modo, como un ejemplo entre muchos, en el *Tratado del Alma* de Juan Luis Vives, el Libro Primero se dedica a los sentidos señalando para cada uno sus características y, lo que ahora más nos puede interesar, sus relaciones con los cuatro elementos: “tiene el tacto un vigor como de tierra, es decir, espeso, tenaz y capaz de coger algo con fuerza; el gusto es acuoso; el olfato, de aire grueso, como es el humo(...), pero el olor en sí se halla en la evaporación y es como un aire más denso; el oído es aéreo; la vista, ígnea; pues, aun cuando tienen los ojos naturaleza acuosa, son ígneos su vigor y actividad. En suma, los sentidos experimentan mejor la sensación de aquellas cosas que son correspondientes a su respectiva índole.” Resultaría, pues, que, según J.L.Vives, tocar la tierra, degustar el agua, oler el humo y los vapores, oír el viento y ver el fuego, son las sensaciones elementales y aquellas que constituyen matrices generadoras de todas las demás. No será raro, por tanto, que las imágenes sensoriales más fuertes se refieran a estos elementos que están, entonces, presentes en el infierno y en el cielo.

Sin embargo, en el cielo, pese a su luz o su brillo, hay menos estímulos sensitivos que en el infierno. Para la cultura del cristianismo, el cielo es un lugar estático, de contemplación reiterada de la majestad de Dios, lejos de los placeres sensoriales que las versiones populares asignan al paraíso musulmán, aunque no faltan épocas y autores que imaginan un cielo colmado de goces sensoriales. Incluso el etéreo cielo del Dante contiene elementos cuya representación imaginaria estimula la curiosidad estética, si no el placer mismo. Por ejemplo en el Canto XXX, correspondiente al décimo cielo :

Y vi una luz en forma de rivera
fluyente de fulgor, entre dos ribas
pintadas de admirable primavera.
De tal río salían luces vivas,
y a ambos lados caían en las flores,
cual rubí que con oro circunscribas.
Luego, como embriagándose de olores,
hundíanse de nuevo en la corriente
mientras salían de ella otros fulgores.

² Tesis ortodoxa negada enérgicamente por William Blake que, en *El matrimonio del Cielo y del Infierno*, escribe: “El Hombre no tiene un Cuerpo distinto de su alma; el así llamado Cuerpo es una porción del alma que los Cinco sentidos, principales antenas del alma en esta edad, perciben.”

El olor de las flores, el agua luminosa, en una dulce primavera, marcan un espacio tópico, el del jardín, que se opone a la oscura cueva infernal, de olor pestilente y temperatura abrasadora. Pero la oposición no se desarrolla con detalle, ante el temor de que sea el deseo del placer de los sentidos el que pueda superponerse al deseo de la sola proximidad de Dios. Por eso no puede decirse que el cielo, ni siquiera cuando es convertido en un jardín, sea el lugar contrario al infierno desde la perspectiva de los sentidos.

Cuando la ensoñación del jardín celestial se desarrolla según las convenciones terrenales, como sucede, por ejemplo, en el *Elucidarium*, escrito en el siglo XII, el escenario no llega a ser mucho más que un remedo del otro jardín, el que Adán y Eva disfrutaron en soledad. Y así el autor se recrea en imaginar una pradera “decorada eternamente con flores de dulce aroma, azucenas, rosas, y violetas que no desaparecerán nunca” y donde los bienaventurados estarán desnudos pero “no se avergonzarán de ninguna parte del cuerpo más de lo que lo hacen ahora por poseer unos bellos ojos.” Este jardín, como otros muchos referidos en multitud de textos y pinturas, no es sino una translación al final de los tiempos del primer jardín, el del Edén, que los pueblos de las regiones áridas de la cuenca del Mediterráneo situaron en el comienzo de la historia y al que, ya perdido su rastro, se espera regresar en la conclusión de esa misma historia. Pero si el primer jardín fue naturaleza, este último, en los cielos, será ya cultura. No sólo porque en su orden, en sus árboles y flores, o en sus fuentes, haya una intención, una voluntad de sentido alegórico, sino, también, porque, en muchos casos, ya antes del Renacimiento, este jardín de los justos rodea a un producto del arte, a una ciudad que reúne toda posible belleza para los sentidos, la Jerusalén celestial donde habita la Corte de ángeles y bienaventurados.

Las descripciones del Apocalipsis de Juan han sido con frecuencia el modelo para estas ensoñaciones piadosas de los sentidos; como, por ejemplo, en las visiones de Gerardesca de Pisa que, según la biografía recogida en el *Acta Sanctorum*, vio: “una vasta llanura llamada el territorio de la Ciudad Santa de Jerusalén. Allí había castillos en increíble número y jardines de recreo muy hermosos. Todas las calles de Jerusalén estaban hechas del oro más puro y las piedras más preciosas. Había una avenida formada por árboles dorados cuyas ramas resplandecían de oro; sus brotes eran ricos y exuberantes de acuerdo con su clase, y eran más agradables y hermosos que cualquier cosa que podamos contemplar en los jardines de recreo de la tierra”. Todos los sentidos gozarán en tal lugar y su gozo no tendrá el sabor agridulce de los gozos de la tierra que están rondados por la posibilidad del pecado.

En cualquier jardín se conjugan naturaleza y cultura para hacer en él un tiempo y un espacio diferentes a los que le circundan; los volúmenes, los sonidos del aire, del agua, de los pájaros y los insectos, los olores y los colores separan el jardín del espacio natural, y le permiten ir cambiando de otra manera, según su propio modelo cultural, en cada estación y cada año. Todo jardín aspira a ser un “jardín de las delicias” y todas las delicias encuentran en el jardín su más afortunada metáfora. Y de modo ejemplar en el jardín cerrado, en el *hortus conclusus*, que llegará a ser símbolo de la Virgen María después de haber formado parte del diálogo amoroso que constituye el Cantar de los Cantares:

Jardín vallado eres,
hermana mía, esposa;
manantial vallado,
fuente sellada.

Tu piel es jardín de granados
 con dulces frutos;
 cipreses con nardos,
 nardo y azafrán,
 canela y cinamomo;
 árboles de incienso,
 mirra y áloe,
 las más exquisitas esencias;
 fuente de jardines,
 pozo de agua viva
 que brota del Líbano.

Así los sentidos se desplazan del jardín al cuerpo femenino, encontrando entre uno y otro unas analogías que permiten aceptar como iluminación, como conocimiento, el giro metafórico cantado por el poeta. El jardín y la mujer amada, unidos sensorialmente entre sí, se constituyen en un *topos* que se opone, en su naturalidad accesible, tanto al cielo como al infierno, espacios de la desmesura. Y así, jardín y amante, reproducen, en la historia, al Paraíso terrenal, que está fuera de ella.

Pareciera como si los sentidos necesitaran encontrar, de modo gratuito o como resultado del artificio, el medio en que poder ejercerse en su plenitud, sea mediante la búsqueda en la tierra, o la esperanza en el cielo, o el temor al infierno. Una inquietud que promueve, pero que no se calma, con las sucesivas ensoñaciones de diferentes paraísos terrenales: los jardines de Oriente, los paisajes de América, las islas del Pacífico; lugares cada vez más remotos donde la imaginación y el deseo puedan dar satisfacción a unos sentidos que parecieran morir de hastío, de costumbre, sin el acceso periódico a nuevos sueños. Uno de estos supuestos paraísos terrenales, luego convertido en trasunto del cielo y del infierno, ha sido América, y es éste sobre el que, ahora, más nos interesa decir algo. Cuando los europeos conocieron América, hubo quienes pensaron, tanto por la naturaleza de aquellas islas primero descubiertas, como por la inocencia de sus naturales, que estaban próximos al Paraíso.

Mirando de esta manera las tierras y gentes de América, a Las Casas no le resultaba disparatado que hubiera en ella un lugar concordante con las descripciones del Paraíso que tantos autores habían realizado: un lugar donde “todos los sentidos se deleitaban; los ojos, con la admirable claridad y en ver la hermosura de los árboles y frutas y otras cosas; los oídos, del cantar y música de las aves; el sentido del oler, con los aromáticos y diversos y suaves olores, y así los demás; todos juntos, con la templanza y suavidad del aire y amenidad del lugar y templatísima concordia de los tiempos, donde concurrían la frescura del aire, los alimentos del verano, la alegría del otoño, la quietud de la primavera, la tierra gruesa y fructífera, las aguas delgadas y en gran manera dulces y apacibles. Allí, no violencia de vientos, no molestia de tiempos, no granizo ni nieve, no truenos ni relámpagos, no hielo de invierno, no calor de verano, ni otra cosa que les pudiese dar angustia ni aflicción o fastidio; allí dicen que ninguna cosa puede morir. Estas y otras muchas dulcísimas y alegres calidades pone San Basilio en el libro suso tocado del Paraíso. Lo demás se lea en los lugares donde copiosamente de propósito la materia se escribe. Y así queda largamente persuadido haber tenido el Almirante muy urgentes razones para entre sí considerar, o al menos sospechar, que podía estar por allí, o cerca, o lejos de allí, en aquel paraje o región de Tierra Firme, que él juzgaba ser isla, aunque ya iba creyendo que era tierra firme, el terrenal Paraíso...”

Casi al mismo tiempo que los sentidos de algunos europeos se deleitaban ante las tierras sorprendentes y prometedoras de América, esos mismos órganos sensoriales, en otros, se

apartaban espantados de cosas o costumbres que les parecían señal cierta del señorío que el demonio ejercía sobre aquellas gentes. La vista de la sangre de los sacrificios entintando las escaleras de los templos, el gusto por la carne humana cocinada cuyos restos encontraban en las casas, el tacto sodomítico, el oído de ensalmos y cantos rituales que les parecían diabólicos, el olor dulzón de la podredumbre provocada por el calor húmedo de los trópicos; en aquellos lugares todos los sentidos tenían que ser sujetos, dirigidos hacia dónde no fueran a ser provocados a la repugnancia o al escándalo. Y el bálsamo para estos malestares se llamó violencia, dominio, evangelio. Pero, si como me sucede a mí ahora, no se dispone de estos remedios, no queda otra sino rumiar algunas cosas vividas e intentar encontrarles algún sentido.

Sin embargo, en nuestro tiempo la fuerza del canon se ha debilitado, las culturas han dejado de ser pensadas como entidades territoriales, las identidades individuales y colectivas se han hecho tan múltiples que la representación de la persona en la vida social se asemeja, cada vez más, a un juego de rol, y en tal escenario los sentidos vagan en busca de objetos que generen la ilusión de que el cielo y el infierno, como los espacios de la máxima plenitud sensible, están a la venta en un gigantesco y global hipermercado para que cualquiera pueda comprar su participación en ellos. Y así, casi en todo lugar, es fácil el acceso a las más extravagantes fantasías imaginarias, como si no se hubiera escrito el Quijote y, derrotada la risa, los Libros de Caballerías se hubieran impuesto por doquier. Es la *new age* de los sentidos. ¿Cómo, entonces, seguir manteniendo el asombro ante los cielos vistos por Juan de la Cruz, o por Swedenborg? ¿Cómo admirarse de la descripción hecha por un chamán tukano de su viaje más allá de la Via Láctea, o del itinerario recorrido por un kaliña a través del país de los muertos? ¿Cómo hacer que nuestros sentidos recuperen la percepción de lo extraordinario, cuando ya no hay nada más corriente y banal que lo esotérico?

1. El sentido de la vista y el acuerdo social.-

Lima, Villa El Salvador, 14 de noviembre de 1998.

Estoy en la casa de un maestro curandero procedente de la región de Trujillo, en la costa norte. La habitación está a oscuras pero, aunque hay puestos unos grandes plásticos negros tapando las ventanas, se filtra algo de luz desde la calle y, también, de las velas encendidas en la otra habitación del fondo. Después de haber tomado, como todos los presentes, un vaso de infusión del cactus alucinógeno San Pedro, me toca a mí protagonizar la escena. No me parece que mis sentidos se hayan modificado, sólo siento una curiosa ligereza corporal, como si hubiera perdido casi todo mi peso o fuera menor la fuerza de la gravedad. Tengo en la mano una vara de virtud, una

Capítulos XLIV y XLV de la primera parte del Quijote.

A una venta del camino -que para Don Quijote es un castillo encantado— llega el barbero, anterior propietario de la bacía obtenida por Don Quijote en formal combate, y reclama su propiedad, así como la albarda que Sancho, en esa misma ocasión, le había quitado a su mula. Don Quijote afirma que el barbero “llama bacía a lo que fue, es y será yelmo de Mambrino”. Sancho Panza corrige varias veces su afirmación inicial de que lo que Don Quijote presenta como el yelmo de Mambrino no es sino una bacía y dice, prudentemente, que “no semeja sino una bacía de barbero”, aunque más adelante, con la clarividente suposición de que

“espada” o báculo de madera de chonta. Estoy de espaldas a la “mesa”, donde están, sobre una manta en el suelo, todos los objetos variopintos que el maestro trata como “poderes” (a la izquierda, numerosos restos de culturas indias prehispánicas: reproducciones de cabezas de barro, de vasijas sucias, oscurecidas por el manoseo o por el humo; a la derecha, lo que parece, o pretende ser, más occidental y cristiano, algún rosario, trozos de cristal, estampas; entre los dos lados, una cruz de madera, también ennegrecida, de casi cincuenta centímetros de alto). En la pared de enfrente, a dos metros de mí, está de pie el maestro. Avanza lentamente hacia mí, pidiéndome que mire atentamente su cara que apenas distingo en la oscuridad de la sala. Se supone, pero no estoy seguro, de que debo ver algo especial en su cara, porque me pregunta qué veo. No sé qué es lo que debo ver. Yo sigo viendo su cara, aunque los demás, cinco mujeres de clases populares limeñas, han empezado a ver el rostro de algunas personas que, luego, me dicen que se corresponden a las caras de mis enemigos. Para no destacar de forma indebida digo que veo lo mismo que los demás. Luego, en privado, me dirá el maestro los nombres propios de estas caras en que se ha transformado la suya y me preguntará si los reconozco como enemigos declarados o potenciales. Con dificultad, con titubeos, me esfuerzo en hacer corresponder en mi imaginación los nombres con la descripción que todos los presentes me hacen de sus caras y, una vez “identificados”, intento relacionar a estas personas con cualquier posible animadversión hacia mí. Sin embargo, no consigo prestar verosimilitud a estas sospechas alucinadas. Nada de lo que el maestro y los demás han descubierto me parece que pueda

todo es cuestión de nombres, crea la magnífica expresión de “baciyelmo”. Las personas reunidas en la posada deciden seguir con la broma y confirman, para desesperación del barbero despojado, que el objeto en cuestión es un yelmo, como sostiene Don Quijote, y no una bacía. Maese Nicolás, el barbero amigo de Don Quijote, que está en el ajo de la conspiración burlesca, corrobora esa peregrina afirmación con su opinión de experto. El ex propietario no logra comprender que tantos caballeros honorables puedan decir que aquello es un yelmo y no una bacía. Aduce que, si es así, entonces también la albarda de su mula debe ser el jaez de un caballo. Don Quijote se niega a intervenir en la cuestión de la albarda; admite que la cosa le parece más bien una albarda, pero deja la decisión a los demás porque tienen el entendimiento despejado y podrán juzgar los asuntos de ese castillo (la venta) como realmente son, y no como a él se le aparecen. Por voto secreto, los compinchados afirman que el objeto no es una albarda de mula, sino el jaez de un caballo. El anterior propietario, ante cuyos ojos los objetos se han convertido, por consenso, en un yelmo y un jaez, queda muy perplejo, diciendo resignado el conocido refrán: “allá van leyes do quieren los reyes”. Sin embargo, uno de los presentes, no se da por satisfecho, pues no entiende cómo personas inteligentes pueden estar insistiendo en que esos objetos no son una bacía y una albarda. Comienza, entonces, una batalla generalizada entre las partes. Cervantes comenta: “Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del Juicio, y la bacía por yelmo,

tener relación con mi vida, con mi realidad ordinaria, mi sentido común.

y la venta por castillo en la imaginación de Don Quijote”.

- Contrapunto.-

En la casa del maestro curandero, los demás que estaban allí afirmaron ver una transformación en su cara hasta expresar algo que tenía que ver con mi vida: vieron algo en mi pasado que yo no ví y que tampoco creí. Los clientes del curandero veían a otros, a mis enemigos, en un pasado, el mío, que les era desconocido. No tengo interés en saber si, efectivamente, vieron algo y qué fue lo que vieron, pero sí quisiera entender porqué unas gentes ven unas cosas que otros no ven. Quisiera entender algo más acerca de las diferentes realidades en que estábamos, a pesar de estar habitando una misma lengua y las mismas circunstancias de espacio y tiempo.

Ellos pusieron en funcionamiento el conmutador que les permite pasar de un ámbito de la realidad a otro; y así pasaron de la realidad ordinaria, la del sentido común, a otra en la que los sentidos, desde mi perspectiva, están en un estado de sueño. Pareciera, que antes de estos sucesos, compartíamos el mismo sentido común, pero luego comprobamos que no compartíamos los mismos sueños de los sentidos. Y esto, probablemente, también convierte en ilusoria la supuesta copertenencia al mismo ámbito del sentido común. Quizá, por tanto, fuera engañosa mi percepción de que todos nosotros estábamos relacionándonos en una misma realidad ordinaria y es posible que, al modo calderoniano, ésta también sea soñada de distinta manera. En todo caso, lo que sí parece es que, como el barbero expoliado, estoy excluido del consenso social que produce esa realidad ordinaria, la que había antes de hablar con el adivinador y antes de tomar el brebaje del cactus San Pedro. No solamente sus sentidos y los míos sueñan distinto, sino que también parecen percibir diferente en su propia vigilia, en las situaciones ordinarias. La resistencia a la acción que manifiesta el mundo –tal como es construido y revalidado por la experiencia de sus sentidos-, es una resistencia que yo no experimento, mientras que ellos experimentan resistencias que desconozco. El mundo, aparentemente el mismo mundo, presenta resistencias distintas y, para mí, las que ellos experimentan son imaginarias, no son “reales”. Las culturas de los otros son, para mi desgracia, “ámbitos finitos de significado”, en los términos de Alfred Schutz, quien dice³ que: “Esta finitud implica que no hay posibilidad de referir uno de esos ámbitos a otro introduciendo una fórmula de transformación. La transición de uno a otro sólo puede ser efectuada mediante un «salto», como lo llama Kierkegaard, que se manifiesta en la experiencia subjetiva de una conmoción. Lo que se acaba de llamar un «salto» o una «conmoción» no es más que una modificación radical en la tensión de nuestra conciencia, basada en una diferente *attention a la vie*.” (1974b: 217)

A mí, como a Sancho, no me queda sino hablar escépticamente de “baciyelmos”, en un intento de salvar algo de la posibilidad de comunicación con otros hombres. Y, con toda mi buena voluntad, estoy dispuesto a dar la apariencia de “creer” (no sé bien qué significa esto) que tengo enemigos y que alguno de ellos se llama José, como me dice el chamán. Pero, esta actitud oportunista no es sino de baciyelmo, de oximoron íntimo. Ahora, en esta ocasión, no voy a explorar las posibles especificidades de las tensiones de la conciencia enfrentada a cada realidad múltiple, ni las respectivas formas de su espontaneidad o de experiencia del sí-mismo, y voy solamente a plantear algunas

³ “Sobre las realidades múltiples” en El problema de la realidad social, pgs. 197-239, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1974 (b)

cuestiones relativas a las relaciones que mantienen entre sí diferentes realidades virtuales generadas por los diferentes tipos de sentido común que hacen soñar a mis sentidos. Primero, haré referencia, y algún comentario contrapuntístico, a sueños sensoriales que tienen que ver con juicios perceptivos extraordinarios, quizá inducidos por una sensibilidad que me es desconocida. Después, pensaré sobre lo que sucede con los sentidos vigilantes, en posición “científica”. Y por último, consideraré brevemente el sueño de los sentidos ante ciertas representaciones teatrales, “rituales” pueden llamarse. No hace falta que reitere que las pocas afirmaciones que pueda haber en lo que sigue son tentativas y muy inseguras.

2. Los sentidos y el hacer de cuenta.

Lima, mercado de La Parada, 9 de noviembre de 1998.

Alejandro Ortiz me había dicho que para ir a La Parada convenía que no llevara la ropa de aspecto tan europeo con que suelo vestir. Siguiendo sus consejos, me puse un jersey viejo y una gorra de visera con lo que pensaba que mi aspecto ya no era tan “agringado”. Después de haber recorrido, en compañía de Alejandro, gran parte del inmenso mercado, llegamos hasta donde están los adivinadores, en una especie de callejón oculto a las miradas advenedizas. Ahí estaban, sentados delante de sus pequeñas mesas, ocho hombres de diferentes edades y separados, mediante plásticos arrugados, de las traseras de algunos puestos de venta de loza y cachivaches de cocina.

El último de estos adivinadores, el que está más cerca del lugar por el que vamos a salir de esta zona, es un zambo, quizá un cuarterón, de unos cuarenta años. Tiene delante de su asiento un cajón mugriento que hace las veces de mesa y sobre el que tiene unas cartas igualmente pringosas. Decido acercarme a él y le pregunto: “Señor ¿Cuánto me cobra por echarme la suerte?”. Sin moverse, sólo levantando la cabeza hacia

Capítulo XXV de la primera parte.

-¡Ta, ta! -dijo Sancho-. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

-Ésa es -dijo don Quijote-, y es la que merece ser señora de todo el universo.

-Bien la conozco -dijo Sancho-, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh hideputa, qué reje que tiene, y qué voz!(...)

-Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho -dijo don Quijote-, que eres muy grande hablador, (...) ¿Piensas tú que las Amariles, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y otras tales de que, los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias, están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y así, bástante a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje

mí, sin mirarme directamente, parece que mirando hacia algo que estuviera detrás de mí o dentro de mí, empieza a decir ensimismado: “Lo he visto”. “Lo he visto”. “Lo he visto”. El tono de la voz parece representar la dificultad de traer algo de la memoria lejana, pero habla bajo, como si no me lo estuviera diciendo a mí. “Lo he visto”. “Lo he visto”. “Lo he visto”. Me quedo desconcertado y no sé si el pronombre neutro “lo” se refiere a mi persona o a otra cosa que está recordando o viendo y que mi pregunta, tan comercial y corriente, le ha sugerido o evocado. Pero, por si acaso, y para intentar darle a la escena una naturalidad, un aspecto cotidiano que está perdiendo por segundos, le digo con una leve sonrisa: “No, señor. No me ha visto nunca”. Y sin cambiar el tono de voz, ni la postura me dice (¿o no me lo dice a mí?, ¿se lo dice a sí mismo?): “Y no quiero volver a verlo”. Entre cortado y algo temeroso, me dí la vuelta y me fuí.

- Contrapunto.

El adivinador del mercado limeño, probablemente, estaba viendo en mí algo que yo no podía conocer ni sospechar: una relación con su propio pasado. Aunque, quizá, se tratara de algo aún más inverosímil, y estuviera viendo mi “aura”. En todo caso, vió algo desagradable que tenía relación con mi presencia ante él. Y ese algo no le era indiferente, no era un peligro para mí, sino para él. ¿Cómo pensar esto de mí? Acaso pudo percibir que en mi demanda de adivinación sólo había curiosidad, algo de afán de probar su competencia profesional y nada de creencia. ¿Darse cuenta o hacerse de cuenta? Si se “dio cuenta”, mostró unas grandes dotes de percepción sensorial, si se “hizo cuenta”, puso de manifiesto alguna estrategia interlocutoria desconocida para mí (como en la gestación de “las Amariles, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas”). Pero, en todo caso, lo más prudente será seguir el consejo de Don Quijote: “éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo”.

Ante realidades múltiples, como afirmó W. James, se plantea la cuestión de la creencia; esto es, del acento de realidad que otorguemos a cada una de ellas. Según la síntesis que hace A.Schutz:

“Toda la distinción entre lo real y lo irreal, toda la psicología de la creencia, la incredulidad y la duda, se basa en dos hechos mentales: primero, que nos es posible

importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo.

Capítulo XXXII de la segunda parte

-No hay más que decir -dijo la duquesa-; pero si, con todo eso, hemos de dar crédito a la historia que del señor don Quijote de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo, con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.

-En eso hay mucho que decir -respondió don Quijote- Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, y si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.

pensar de manera diferente un mismo objeto; y segundo, que, una vez hecho esto, podemos elegir qué modo de pensamiento adoptar y cuál desechar. De tal modo, el origen y fuente de toda realidad, sea desde el punto de vista absoluto o desde el punto de vista práctico, es subjetivo, somos nosotros mismos.”

Y continua Schutz diciendo que nuestra relación con el mundo social se basa en la hipótesis de que nuestros semejantes experimentan los mismos objetos de una manera sustancialmente similar a nosotros, y viceversa. Si se desploma esta creencia en la identidad sustancial de la experiencia intersubjetiva del mundo, queda anulada la posibilidad misma de establecer la comunicación con nuestros semejantes. Cuando se produce una situación de crisis como esta nos convencemos de que cada uno de nosotros vive bajo el caparazón impenetrable de su prisión solipsista, pasando a ser los Otros meros espejismos para nosotros, nosotros para los Otros y nosotros para nosotros mismos. Las posibilidades son dos: o bien las experiencias del mundo objetivo resultan ser meras ilusiones (y, en la terminología de Don Quijote, esto significa que un encantador ha transformado el mundo objetivo), o yo mismo he cambiado de identidad (y esto significa que yo mismo he sido encantado).

Por tanto, en una relación intercultural como ésta me veo inevitablemente abocado a una desautorización del otro, so pena de despojar de legitimidad natural al mundo del sentido común propio.

3. Los sentidos y la experimentación científica.-

Hay diversas clases de agua para los mayeros de Campeche. Hay un agua “virgen” que es la que nace en el interior de las cuevas calcáreas que abundan en la región; es un agua que nace en la oscuridad, que no ha estado al aire de la tierra, y, que no ha sido contaminada por el pecado que señorea la tierra. Por esto el agua “virgen” es un agua que puede ser utilizada para las ofrendas a los señores del monte, a los vientos y, en general, a todos los seres poderosos de cuya protección dependemos. Hay otra clase de agua que es “santa”, el agua de la “santa lluvia”, que es arrojada a la tierra por los *chac'ob*, los regadores, que cabalgando por el cielo vacían sus calabazas de agua sobre los campos de los campesinos que cumplen con sus obligaciones rituales de ofrecerles alimentos (miel y *zacá*, una bebida hecha con maíz). Es “santa” porque los *chac'ob* trabajan a las

De la famosa aventura del barco encantado (Capítulo XXIX de la segunda parte).

Después de haberse metido en la barca que estaba amarrada a la orilla del Ebro y luego de un rato, cuando apenas se habían separado dos varas del margen del río, Don Quijote dice a Sancho:

...ya hemos de haber salido (al mar dilatado) y caminado por lo menos setecientas u ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado; aunque, o yo sé poco, o ya hemos pasado, o pasaremos presto, por la línea equinoccial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

-Y cuando lleguemos a esa leña que vuestra merced dice -preguntó Sancho-, ¿cuánto habremos caminado?

-Mucho -replicó don Quijote-; porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo, del agua y de

órdenes de San Miguel Arcángel y su acción se contraponen a la sequía y la canícula que son dominios de X-Kukikán, la serpiente con alas. Hay otra agua que es femenina que es la de las aguadas y otra masculina que es la del mar, donde se neutraliza la hechicería y donde quedan en suspenso las normas de respeto y control social que rigen en la sociedad terrestre. Por último está el agua de los cenotes y de los pozos que se usan para las necesidades cotidianas y que es un agua neutra, doméstica, aunque el cenote mismo sea receptor de ofrendas. Sin muchos matices necesarios, puede decirse que hay cinco clases de agua, dos opuestas entre sí -el agua virgen y el agua santa-, otras dos opuestas por su género -el agua femenina de las aguadas y la masculina del mar- y un agua neutra, la de los pozos, a la cual, en cierto modo, se le opone el agua bendita que sirve para curar ciertas hechicerías producidas en el ámbito doméstico, por los parientes o vecinos.

Cerca de la ciudad de Campeche hay, a la vera de la carretera actual, una pequeña laguna poco profunda, lo que, en términos locales, se denomina una aguada. Las gentes saben y cuentan algo sobre su origen:

En aquel lugar, que antes era todo seco, vivía una mujer sola con su hijito recién nacido. Un día, que tenía que ir a buscar unos cántaros de agua al cenote, no sabía cómo dejar a su niño solo y, al salir, le encomienda a su perro que cuide al niño. Cuando regresa, ya estando próxima a la casa, le parece oír una canción que sale de la casa y piensa que alguna mujer conocida, al pasar por allí y ver al

la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado, llegando a la línea que he dicho.

-Por Dios -dijo Sancho-, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón, o meo, no sé cómo.

Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y djóle:

-Sabrás, Sancho, que los españoles y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinoccial que te he dicho es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán, si le pesan a oro; y así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda; y si no, pasado habemos.

-Yo no creo nada deso -respondió Sancho-; pero, con todo, haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto a tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.

-Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra; que tú no sabes qué cosas sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, o parte dellas, vieras

niño solo, ha entrado a entretenerlo. Pero cuando entra, ve que es el perro el que canta; con la sorpresa y el susto de ver algo tan extraño, suelta los cántaros que se derraman por el suelo formando la aguada que hoy conocemos. Una aguada doblemente femenina, en tanto que ha sido producida por una mujer en el desempeño de sus tareas domésticas.

Don Plácido Poot, conocedor de la historia, quiso poner a prueba no la veracidad del relato, algo quizá imposible de comprobar, sino el carácter femenino del agua. Tomó, entonces, una botella y la llenó con agua de la aguada y se fue con ella hasta la orilla del mar, distante una legua. Agarró la botella y por el aire la echó al mar. Y éste, como masculino, se embraveció y se alzó para abrazar al agua de la botella. Se alzó tanto que, según me dijo, estuvo a punto de inundarse la ciudad de Campeche. El experimento había tenido éxito.

claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnate a decir que te tientes y pesques; que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.

Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento, hasta la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró a su amo, y dijo-

-O la experiencia es falsa, o no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

-Pues ¿qué -preguntó don Quijote-, has topado algo?

-¡Y aun algos! -respondió Sancho.

Y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

- Contrapunto.

El experimento (sea el de las dos clases de agua o sea el de los piojos de Sancho) es pensado, y valorado, como una metonimia de la ciencia, pero para un maya yucateco la ciencia no es sino una recopilación de “los secretos del mundo” y, en este sentido, constituye otra realidad virtual. Para Sancho, como para mí, la actividad incesante e imprevisible de los encantadores, creando apariencias engañosas, desafía al sentido común de modo análogo a como es desafiado por los experimentos de una ciencia de la que desconozco sus principios e instrumentos (“coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas,...”). La situación es paradójica: la realidad que pareciera más firme, la que es construida por la ciencia o sus imitaciones, resulta tan poco verosímil como la que es fruto del encantamiento sensorial. El terreno de su convergencia es el que se llama “secretos del mundo”. Y en tanto se piense que esos secretos forman parte de su naturaleza, el mismo mundo es objeto de percepciones azarosas y culturalmente diferenciadas. El mundo físico pasa a hacerse tan plural como metafísico. Y el

construido por la ciencia no deja de ser, como dice Schutz, un mundo virtual entre otros, incluido el del sentido común.

4. Los sentidos y la ilusión del teatro.-

En Campeche, cuando una persona va a consultar al *h-men*, al yerbatero o chamán, comienza por describirle los signos de su padecimiento. Pero lo más importante, las causas de sus aflicciones, van a conocerse cuando el *h-men*, con el pacto y la ayuda de los vientos, mira el *sastún*. El *sastún* es un pequeño cristal o piedra de cuarzo que el *h-men* ha encontrado en las proximidades de las ruinas mayas; es el signo de su destino, su principal instrumento de trabajo y la representación de sus poderes. Es “como un juguete” de los antiguos mayas que son, en realidad, quienes, bajo su actual forma de enanos encantados, se lo han entregado en sueños al *h-men*. Una vez honrado el *sastún*, el *h-men* lo toma con sus manos y lo contempla largamente a la luz de una vela. Así ve cuál es la verdadera aflicción del paciente, su causa y las posibilidades que existen para lograr su cura.

Daniel Akeh describe la adquisición de su poder adivinatorio con estas palabras: “Cuando nombras éso (los nombres de los vientos) te da el poder de verlo; en esa cosa así (el *sastún*), lo vas a ver. Si está enfermo, si está hechizado, si tiene mal aire. Así con esa cosa lo vas a ver. Entonces tú le dices tal cosa: tienes dolor de cabeza, tú no estás bien. Lo que le pasa a esa persona. ¿Qué más quieres que diga?. Qué es lo que ha pasado, qué es lo que ha sucedido: si te han regañado, si tienes algún contrario, si tienes alguna persona que no te puede

Las memorables adivinanzas del mono adivino y el retablo de las maravillas de Maese Pedro (caps. XXV y XXVI de la segunda parte).

El ventero informa a los presentes de quién es el recién llegado a la venta:

“-Éste es un famoso titerero que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vio entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan y luego salta sobre los hombros de su amo, y, llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra; de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo.”

El mono del titerero “adivina” las identidades de Don Quijote y Sancho y, luego, ante la pregunta correspondiente, les cuenta lo que está haciendo en ese momento Teresa Panza, la mujer de Sancho.

“-Ahora digo -dijo a esta sazón don Quijote- que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque

ver. Entonces yo le digo: una persona te hizo maldad, una persona que te hizo un daño por tal motivo, lo robaste, o lo insultaste, o lo pegaste, o lo tiraste un animal”.

Al diagnóstico sigue con frecuencia un ensalmo, cuyo contenido varía según muy diversas circunstancias. El ensalmo se recita o se canta mientras el paciente está sentado y el *h-men* con un ramito de albahaca hace movimientos circulares sobre su cabeza y el resto del cuerpo. Periódicamente hace gestos para arrojar al suelo el mal que se va pegando a la albahaca. Así “limpia” al paciente. Algunos fragmentos de un ensalmo son así:

Santuario,
dame suerte, también,
en estos momentos, también.
Santuario,
si viene armas de candelas sobre
d'él
que no lo dispares, también;
si viene sablas para heridarlo
que tu lo rompes, también;
si viene cuchillos sobre d'él
que tú lo doblas, también.

En estos momentos, también,
lo vengo desatando, también,
de esos males, también,
lo vengo recogiendo,
lo vengo botando,
lo vengo quitando, también,
en estos momentos, también.

Envuélvelo, también,
con el velo de Santo Sacramento
para que sus malos enemigos,
que no tengan ni un poder,
que no tengan ojos para verlo,
que no tengan lenguas para
hablarlo,
que no tengan pies para alcanzarlo.

¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos?”

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser a propósito que un mono adivinase ni las de por venir, ni las pasadas cosas; y así, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró don Quijote con Sancho a un rincón de la caballeriza, donde, sin ser oídos de nadie, le dijo (...):

“-No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y después que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende. Y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino a las cosas pasadas o presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender a más, que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que a solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para Él no hay pasado ni porvenir; que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo; y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan, ni saben alzar, estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera

Que se sepa, también,
 en estos momentos, también,
 para desatar esos males, también,
 para quitarlo,
 para limpiar, también,
 este cuerpo, también.

¡Ven, oh invisibles,
 oh invisibles, oh invisibles,
 oh invisibles, oh invisibles,
 oh invisibles, oh invisibles,
 oh invisibles, oh invisibles,
 oh invisibles, oh invisibles,
 oh invisibles, oh invisibles!

Horas de días, horas de noches,
 también,
 lo vengo hablando, también,
 lo vengo quitando, también.
 En estos males que hay
 en estos momentos, también.
 que tú lo acompañes en todos
 momentos,
 en todas partes,
 en el camino,
 en su casa.

Supuesto que tú tienes más poder,
 también,
 que no lo permitas caer malas
 tentaciones,
 en estos momentos, también,
 que tú lo acompañes en todos
 momentos,
 en todas partes,
 en el camino,
 en su casa.

En fin, Señor,
 supuesto que tú tienes más poder,
 también.
 Envuélvelo, también,
 con el velo de Santo Sacramento
 para que sus malos enemigos,
 que no tengan ni un poder,
 que no tengan ojos para verlo,
 que no tengan lenguas para

una sota de naipes del suelo,
 echando a perder con sus
 mentiras e ignorancias la verdad
 maravillosa de la ciencia.”

Maese Pedro instala luego el
 retablo donde los títeres van a
 representar la obra que “trata de
 la libertad que dio el señor don
 Gaiferos a su esposa Melisendra,
 que estaba cautiva en España, en
 poder de moros, en la ciudad de
 Sansueña, que así se llamaba
 entonces la que hoy se llama
 Zaragoza”

(...)

“-Miren cuánta y cuán lucida
 caballería sale de la ciudad en
 seguimiento de los dos católicos
 amantes; cuántas trompetas que
 suenan, cuántas dulzainas que
 tocan y cuántos atabales y
 atambores que retumban.
 Téme que los han de alcanzar,
 y los han de volver atados a la
 cola de su mismo caballo, que
 sería un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta
 morisma y tanto estruendo don
 Quijote, parecióle ser bien dar
 ayuda a los que huían, y
 levantándose en pie, en voz alta
 dijo:

-No consentiré yo que en mis días
 y en mi presencia se le haga
 superchería a tan famoso
 caballero y a tan atrevido
 enamorado como don Gaiferos.
 ¡Deteneos, mal nacida canalla; no
 le sigáis ni persigáis; si no,
 conmigo sois en la batalla!

Y diciendo y haciendo,
 desenvainó la espada, y de un
 brinco se puso junto al retablo, y
 con acelerada y nunca vista furia
 comenzó a llover cuchilladas
 sobre la titerera morisma,
 derribando a unos, descabezando
 a otros, estropeando a éste,
 destrozando a aquél (...)
 Finalmente, en menos de dos

hablarlo,
que no tengan manos para cogerlo,
que no tengan pies para alcanzarlo.

credos dio con todo el retablo en
el suelo, hechas pedazos y
desmenuzadas todas sus jarcias y
figuras.”

- Contrapunto.

Pese al consejo de Maese Pedro (“...no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles”; cap. XXVI de la segunda parte), vuelvo a terciar en estas cuestiones.

Daniel Akeh, el chamán con quién trabajé durante años, ejerce los martes y los viernes, cuando los vientos están libres y él puede hacer “compacto” con ellos. En esos días, Daniel Akeh deja de ser un campesino como tantos otros en la región y actúa. Su papel de *h-men* implica hacer verosímil para sus clientes algunas cosas increíbles: que en un trozo de cristal de cuarzo “ve” las causas de un mal y su desarrollo futuro (es decir, adivina más que el mono de Maese Pedro); que sus cantos y recitaciones, acompañados de gestos inocuos, vencen al mal (de manera tan efectiva como los mandobles de Don Quijote deshacen las figuras del retablo); que esos poderes –de adivinación y de curación- le han sido dados en sueños por los mayas antiguos que sobreviven en estado latente desde hace siglos. Las facultades cuya posesión representa son, para mi sentido común, de adquisición imposible. Y, sin embargo, una y otra vez, yo compruebo, “con mis propios ojos”, que adivina y cura, mientras todos a su alrededor aceptan su papel de intermediario entre los tiempos del pasado, el presente y el futuro. La obra de teatro que representa los martes y los viernes tiene éxito y los espectadores, que son también actores, acuden llenos de confianza. Todos, yo mismo, quedo atrapado por la fascinación del pequeño y humilde espectáculo. No me importa, mientras estoy allí delante de él y de sus pacientes, que todo sea fantástico y que contradiga las reglas de la realidad cotidiana. Asisto “encantado” a la representación –no de la liberación de Melisendra- sino de la liberación de cada quien, vencedor sobre sus aflicciones.

Como Don Quijote no dudo de la realidad del arte, del teatro. Pero mi intervención no es activa como la suya y no rompe la función. Permanezco sentado, como si fuera el ayudante exótico de Daniel Akeh, y con este papel mudo contribuyo, sin apenas saberlo, a la victoria sobre espantos, aires, pasmaduras, hechizos, ojos y demás causantes de sufrimientos. Lo que no puedo hacer, como tampoco Don Quijote, es relacionar armónicamente ámbitos de realidad tan distintos. De manera semejante a como él no puede ser, a la vez, caballero andante y huésped de una venta del camino, yo tampoco puedo, a la vez, afirmar y negar lo que mis sentidos parecen decirme. Pero, pueda o no pueda, lo hago; de la misma manera que todos los que asisten a una buena función.

Para terminar.-

Las culturas ajenas, en sus distintos ámbitos de realidad, con los sentidos en estado de sueño o de vigilia, se constituyen para mí en realidades virtuales en tanto estoy excluido del consenso (o de la relación intersubjetiva) que construye el sentido común y la realidad ordinaria.

Las creencias, la tradición compartida, es lo que permite situar el acento de realidad en uno u otro de los diversos ámbitos posibles y al intentar deslizarme hacia las creencias ajenas a mi tradición cultural, mediante compromisos de carácter escéptico, pierdo las

referencias de mi identidad social ordinaria sin poder asumir otra alternativa (y experimento, pese a mi posición de poder dominante, el *nepantlismo*, el estar en medio). La realidad del otro, entonces, se configura para mí como una irrealidad, a la vez comprensible e imposible.

Las percepciones sensoriales sirven de poca ayuda en esto. La experiencia, no es madre sino hija de la ciencia, pero ésta, a su vez, no es sino un subuniverso que presta legitimidad a la realidad ordinaria y ofrece coartadas universalistas al sentido común de cada sociedad. En la intersección contradictoria entre la realidad ordinaria, la realidad virtual de la ciencia y la realidad virtual de tradiciones agónicas (en situación de necesidad de justificación ante el descreimiento), el sujeto toma partido (pone el acento de realidad en una u otra) según el campo de fuerzas e intereses propio de cada relación interlocutoria.

La máxima potencia de una realidad virtual está en la teatralización ritual y es, en estos casos, cuando el cuerpo (y, eventualmente, incluso el de otros seres no humanos) resulta afectado por las causalidades específicas de esta otra realidad. No se trata tanto del poder de los símbolos rituales como del poder del teatro y, por tanto, más que hablar de “eficacia simbólica” habría que hablar de “eficacia escénica”, que no es sino una manifestación de la más general “eficacia estética”.

Creo que la hipótesis central de este texto, que poco nuevo añade a las reflexiones de Schutz, es que en toda cultura lo que hay son realidades múltiples en las que se coloca, con mayor o menor énfasis, el acento de realidad y que están jerarquizadas entre sí, aunque no están exentas de solapamientos contradictorios. Esta metáfora del “acento” habría, a su vez, que flexibilizarla hablando de distintas clases de acentos. Las gentes de una cultura determinada “saben” que hay muchas realidades diferentes y que cada una de ellas es “real” a su manera (esto es que una está acentuada con circunflejo, otra con acento agudo, otra con grave); la realidad ordinaria, la del sentido común, no necesita ser acentuada gráficamente porque todos saben, corrientemente (excepto en situaciones de “baciuelmo”), cuál es su acento. Las únicas verdaderas realidades virtuales son las realidades ajenas, las de otras culturas (que elaboran diferentes construcciones sociales de sus, también, diferentes experiencias sensoriales) y, desde luego, esas otras realidades supuestamente percibidas por otros sentidos fisiológicos (esas realidades inimaginables de los animales). Quizá continúe.